

Un sueñecito

Pues señores, digo camaradas, que la otra noche soñé una cosa muy rara.

Tan rara que parecía mentira, ya ven Vds. si sería raro.

Y conste que no era de política, ni de guerra, ni de pescao frito, ni de nada de esto.

Era del cielo. (Atiza, a ver si me fusilan por esto del cielo, aunque ahora ni sublevándose fusilan).

Pues sí, sí, era del cielo y allí sí que había tranquilidad. Allí, ni guerra ni nada. Y eso que ellos eran los que la habían formado. (Ya saben Vs. que todo lo que en la tierra sucede, es por obra de los del cielo, de Dios y los Santos).

Pues bien, aquel cielo, como os decía, era un cielo muy raro, tanto que parecía un café de la Rambla.

Bueno, allí estaba Dios, un Dios pequeñito, rechonchito—parecía un ogro pequeñito para asustar a los niños de pecho—que rodeado de toda su corte, dirigía la vida de los ejércitos celestiales.

Allí estaba también toda la Plana Mayor rodeándolo, todos los revolucionarios—¡huy que miedo!—de la *defensa grandiosa*.

Por lo que se veía la reunión, era importantísima. No se trataba a juzgar por lo que se veía, traer harina para que no faltara pan, ni de bajar el precio de las subsistencias, ni de ninguna barbaridad por el estilo.

Era una reunión de política o así. (En el cielo, también se hace política o así, aunque se sacrifican los santos «ad majorem deum gloriam»).

Dios, lanzaba unas palabras que más bien parecían rayos.

—Primero ganar la guerra!...

—Primero ganar la guerra—repetían, sin pensarlas, todos a coro.

—Después?—preguntó uno de los asistentes.

—Estacazo a los obreros—contestó Dios.

—Y al que replique?—volvió a preguntar el primero.

—A Bata! A Bata!—contestaron todos a coro.

—Hip, hip, hip,—dijo Dios.

—Tras, tras, tras,—contestaron los santos. (Tras-tazo querrian decir supongo yo).

Hubo un silencio supulcral después. De pronto una voz dijo:

—Y si nos escabechan a nosotros.

Todos se sobrecogieron. Hubo un frío glacial. Al fin alguien respondió:

—No puede ser.

—Dios no lo querrá—dijo otro.

Al fin se levantó el aludido. Llevaba unas cuartillas en la mano. Se veía que se las sabía de memoria, pero de vez en cuando, miraba de reojo a ellas como haciéndose el distraído.

«Somos los más—sinvergüenzas—y los mejores—aprovechados—. Si el 19 de julio no se nos vió por ningún sitio, era porque si nosotros habíamos formado aquella zapatista que todavía dura, para qué íbamos a deshacerla?» (Ovación y gritos de muy bien).

Hecho el silencio prosiguió:

«Pero ahora que vemos que esto va demasiado lejos, pues aquí no quieren mandar más que los obreros... (Voces, abajo los obreros, fuera esa gentuza, etc., etc.) ...tenemos que salir a salvar esto».

Y referente a lo que dice ese angelito—no olvidemos que están en el cielo—«a nosotros no nos pueden escabechar, porque para eso somos lo que so nos, Dioses y Santos, porque si nos escabecharan, ¿cómo iban a vivir ellos?» (Ovación, oreja y vuelta al cielo).

—Viva la democracia!—Terminó Dios.

—Ba, a... a...—gritaron todos los reunidos.

Y el estruendo de los gritos me despertó.

Parecía que no había dormido. E. D.

OBJECCIÓN A LOS MAESTROS

Parécese que no vivamos en una época de transformación social.

Los Maestros, sobre los que pesa más la responsabilidad del presente parecen no haberse dado cuenta de la importancia de la misma. Muy pocos de ellos son los que han querido darse cuenta de sus delicados cargos para con los niños, y han permitido la mayoría de las veces haciendo la vista gorda, dejar el espíritu del niño sin cultivar, la mayor parte de las veces a sabianda, con el objeto de que el niño no pudiera nunca superar sus rancias doctrinas, cuyo único fin han sido envilecer a la Humanidad.

Los Maestros de Escuela, salvo raras excepciones, claro está, vienen siendo de los seres más raros que cría la Naturaleza. El amor a la infancia y a la sencillez, brillan por su ausencia. Por el contrario en estos seres de cultura superior y algunas veces privilegiadas, domina la molice, el espíritu de superioridad social, y la coquetería en el sexo femenino.

Es hora ya, camaradas maestros, de que todo lo anterior desaparezca. De que nos demos cuenta de la responsabilidad de la hora que vivimos y de la responsabilidad que por sobre vosotros pesa, y terminéis de una vez y para siempre de ser el hombre esquivo y raro para el niño, y os convirtáis en fieles compañeros plenos de amor, nobleza y sinceridad para con ellos.

No olvidéis, que de vosotros ha de salir la luz que ilumine el espíritu humano, y que de vosotros depende en gran parte la buena o mala marcha de la sociedad.

Si se os puede culpar a vosotros en gran parte de que exista una sociedad tan injusta y rastrera, porque depositarios de la cultura, la habéis distribuido solamente entre quien mejor os la ha pagado, demostrad de ahora en adelante, que marcharéis siempre en vanguardia al lado de los trabajadores en la lucha contra la maldad y la injusticia.

Y a vosotros los que dentro de nuestra organización, la invencible C. N. T. os encontráis, os ruego una actuación limpia y honrada, sana y justiciera. P.

Hemos de ganar la guerra!

(Continuación de la página 3.)

la cabeza, hay que cortar por lo sano, pararles los pies, a tiempo, aún lo es, mañana quizás no.

Hemos de ganar la guerra! Y la ganaremos! Seremos nosotros el pueblo, el auténtico pueblo que sufre y trabaja, el que lucha en las trincheras, el que generosamente ofrece su vida por la libertad, el que el 19 de julio ellos habían explotado aspirando a costa de su sudor ser grandes capitalistas ya que no han tenido nunca otro ideal; esto de que se llamen demócratas no es más que una careta de la que se valen para ocultar sus turbias intenciones y claro, con el triunfo de la guerra y la revolución no les será posible serlo. Ah pero... que se han creído esta falange de arribistas, que toleramos que poco a poco nos vayan soldando las cadenas opresoras que tanta sangre nos costó romper? Funesto error, hemos empezado en la lucha y o venceremos o caeremos en ella.

Una vez más! Hemos de ganar la guerra.

QUIM.

Imp. POU, Juan Quer, 5 (antes Tins).

M
a
d
r
i
d



M
a
d
r
i
d

MADRID

Tumba del Fascismo. Ejemplo del mundo entero.
Tu gesto será Eterno. Como la Humanidad.